



JOSE MARIN VERGARA Y VERGARA

A toda prisa va desapareciendo ya de nuestra sociedad el tipo de aquellas antiguas familias, en el seno de las cuales se formaron muchos de los próceres de nuestra Independencia, que salieron de improviso á los azares de la vida pública, sin preparación anterior, y que sin embargo supieron legislar con acierto en los congresos, dirigir campañas y batallas como expertos capitanes y morir como héroes en los patíbulos. La educación colonial, que parecía buena á lo más para formar comerciantes al menudeo, rutiueros agricultores, abogados y sacerdotes, produjo como por ensalmo, en el momento oportuno, generales como Nariño, sabios como Córdas, héroes como Ricaurte, tribunos como Acevedo.

No es difícil la explicación de este interesante fenómeno: las antiguas y nobles familias del Nuevo Reino eran ante todo y sobre todo cristianas; y por tanto las virtudes severas y los grandes afectos se cultivaban por ellas con particular esmero.

Quizá se descuidaba un tanto entonces el adorno de la inteligencia; pero en cambio se miraba mucho á la formación del caracter. Hacíase poco aprecio de las fórmulas de fingida cortesanía que privan en los salones de hoy; pero se tenían en alta estima los sentimientos caballerescos y la benevolencia y mutuo respeto en el comercio social, que son las fuentes de la buena y genuina civilidad. No se enseñaba á dudar y á discutir, sino á creer y á esperar. Buscábase poco el regalo de los sentidos; pero se aprendía por principios el arte de sufrir. Así se educaron nuestros abuelos; y con decir esto, queda explicado el por qué de lo que hicieron, puesto que no salen héroes los que saben mucho, sino los que aman mucho; no los cortesanos elegantes, sino los ciudadanos austeros; no los que dudan, sino los que creen; no los afeminados y sibaritas, sino los abnegados y sufridos.

Aquellas de las antiguas familias coloniales, que gozaban de bienes de fortuna, no vivían devoradas por la fiebre de la especulación, que ahuyenta la tranquilidad y hace casi imposibles los sencillos goces del hogar; y las de corto patrimonio, no pretendían alzarse á mayores, sino que se resignaban á su condición. Las unas, por ricas que fuesen, vivían con modestia y economía, y el sobrante de sus rentas ni lo depositaban en los bancos, que no se conocían, ni lo daban á usura: distribuíanlo

entre los pobres, y al tiempo de hacer el testamento, destinaban buena parte de sus bienes á los hospitales, hospicios, colegios, conventos y obras pias de diferentes especies, de los cuales han venido á ser herederos los filántropos modernos. Las de linpio y antiguo abolengo, guardaban con religioso respeto los pergaminos y las honrosas tradiciones de los abuelos; pero llanas y comedidas en su trato, á nadie menospreciaban por pobre, cual lo hacen hoy con frecuencia los *parvenus* de la nobleza monetaria. La tranquilidad de la conciencia les permitía á toda hora aparecer joviales y expansivos, y sin recurrir á locas y ostentosas vanidades, se divertían y solazaban á más y mejor. No usaban en sus muebles y adornos dorados y relumbrones; pero los anaqueles y arcos de cedro se veían atestadas de vajillas de maciza y legítima plata labrada, las trojes estaban siempre bien provistas, y el día en que se trataba de celebrar alguna fiesta religiosa, ó el natalicio de uno de los miembros de la familia, ó de obsequiar á algún huésped, no faltaba nunca tampoco en la bodega alguna botella, cubierta de polvo y de telarañas, de superior vino añejo. Rezaban mucho, eran fieles en sus amistades, reverenciaban al Rey y á sus representantes en la colonia; y en los ratos de ocio, especialmente por la noche, congregada la familia, mientras la buena mujer tomaba los puntos á las médias, se jugaba al tute y al fusilico, ó el padre leía en alta voz algún libro piadoso, alternándolo á las veces con pasajes escogidos del Quijote. Adornaban las paredes de la sala en aquellas casas los retratos al óleo de los antepasados; y así podía siempre el padre, sentando al infante sobre las rodillas, decirle enseñándole los lienzos con el dedo: “Aquel, tu bisabuelo, fué un leal soldado de la Patria, por la cual derramó su sangre en más de una ocasión; el siguiente, tu abuelo, un abogado distinguido que defendió siempre la justicia y el derecho; el de más allá, tu tío, un santo y docto religioso. Tú eres, hijo, el heredero de esas glorias y de esos nombres; hazte digno de ellos para que tus hijos no tengan que avergonzarse de tí.” De este modo se enlazaban unas con otras las generaciones; así era como las nobles tradiciones se perpetuaban en una familia, y como el nuevo retoño de un árbol lozano recibía en sí toda aquella sávia de honor y de virtudes poderosa á inspirar las grandes acciones y los alentados propósitos. Hoy, merced á la democracia bastarda que el liberalismo ha implantado, cada cual se siente solo y desligado en la batalla de la vida: ni sabe cuales fueron sus abuelos, ni se cura de sus nietos. Se vive sólo para el día; y como el presente es en el tiempo lo que el punto geométrico en la extensión, aparece de su peso que todo lo que se

pretenda que quepa en él, tiene que ser diminuto por extremo. ¿Qué de extraño tiene, pues, que en nuestros días sean menguadas y ruines las acciones de los hombres y apocados los caracteres?

La familia de los Vergaras, de esta ciudad de Bogotá, fué una de esas cuyo esbozo hemos tratado de hacer en las anteriores líneas. Sin apreciar esos antecedentes de familia, sería imposible formar idea del carácter de aquel cuya pérdida lloramos todavía y lloraremos siempre los que nos honramos con su amistad.

JOSÉ MARÍA VERGARA se crió, pues, con esa leche de los recuerdos y de las tradiciones; y esto solo basta para explicar el contraste permanente que se notó en toda su vida. Ligado á la colonia por sus abuelos, quedó vinculado á la República por sus padres; con un pié, por decirlo así, en el pasado y otro en el presente, sus afectos estuvieron partidos entre todas las cosas españolas—la religión, la literatura y las costumbres,—y todas las glorias de la República. Se deleitaba con las leyendas, tradiciones y reminiscencias de la colonia, y al propio tiempo se entusiasmaba hasta el arrebató con las hazañas de Nariño, de Bolívar, de Sucre y de todos los campeones de la Independencia. Quebraba lanzas contra cualquiera que hablara mal de la madre España, y su voz tomaba el acento de la indignación siempre que álguien era osado á ver alguna mancha en la conducta de los próceres de la República. Detestaba casi todas las costumbres modernas, y se consagraba con ardor juvenil á toda empresa, á todo proyecto, por utópico que fuese que sonase como progreso. En literatura era amigo de lo clásico y al propio tiempo romántico; en política, conservador por educación y sentimientos, con no poca dosis de liberal soñador.

Conocida ya la clave del carácter de JOSÉ MARÍA VERGARA, digamos ya lo que hubiéramos de haber dicho al principio, si fuera cierto que el orden cronológico es siempre el mejor en la narración histórica y el orden lógico en el discurso. JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA nació en Bogotá el 19 de Marzo de 1831, y fueron sus padres el señor D. Ignacio Manuel de Vergara y Santamaría y la señora doña Ignacia Calixta Vergara y Nátes.

A unas cinco leguas de Bogotá, por el camino carretero de Occidente, á corta distancia del pueblo de Serrezuela (hoy Madrid, en memoria del ilustre huésped cuyos restos descansan en su humilde cementerio) alcanza á divisar el caminante, recostada contra las graciosas rocas de la serranía, una capillita pajiza, que trae inmediatamente á la memoria nuestros antiguos

pesebres de Navidad, y contigua á ella una cómoda, amplia y elegante casa, que sirve de centro á la valiosa hacienda de "Casablanca," antiguo solar de la familia de los Vergaras.

La infancia de nuestro amigo JOSÉ MARÍA se deslizó en esa morada campestre, y fácil sería adivinar cuál debió ser allí su género de vida, si no nos lo contase él mismo en varias de sus composiciones en prosa y verso. Correr todas las mañanas, apenas empezaba á oírse en el corral el concierto ruidoso pero apacible de las vacas y ternerrillos, á tomar parte en las variadas faenas consiguientes á la operación de ordeñar, y cobrar luego, como indemnización de su trabajo, su porción de caliente y espumosa leche; trepar después por las arriscadas rocas á sorprender los nidos de los buitres y de las águilas; corretear por los llanos y oteros, acompañado de su fiel Carbuco; zambullir en el manso riachuelo que corre frente á la casa, y perseguir, entre los juncales de sus orillas, los huevos de las garzas y de las caicas; montar su potro y hacerle escarcear ó galopar á la ventura por los prados de la hacienda, ya en busca del predilecto becerrillo, ya de la vaca que ha echado de menos por la mañana en la majada; meter grande alboroto con idas y venidas, confundido entre gañanes y muchachos, en los días clásicos de recogida del ganado; enlazar terneros en la corraleja y montar en ellos á escondidas de sus padres; echar por las tardes su cometa al viento; y por la noche, después de la merienda, rezar, entre dormido y despierto, el *Santo Dios*, la salve y la oracion al ángel de la guarda, y en recibiendo la bendición del padre, cuya mano besa respetuoso, caer rendido de cansancio en el regazo de su piadosa madre, de donde pasa sin sentirlo á una camilla de blancas y zahumadas colgaduras, á dormir allí el siempre envidiable sueño de la inocencia.

Tales fueron los primeros años de JOSÉ MARÍA VERGARA cuando todavía tenía vivos á sus padres, cuando en torno de ellos se sentaba á la mesa una numerosa familia, como los renuevos del olivo al rededor del tronco, según la poética comparación de la Escritura; cuando en las trojes y graneros reinaba la abundancia; cuando todo era holgura y paz y contento, y descuido del porvenir. Recuerdos de esta clase no se huyen jamás de la memoria, y menos de la de un hombre como VERGARA, de suyo tierno, soñador, extremado en sus afectos. En personas como él, los recuerdos vienen á ser una segunda religión. Por eso VERGARA deliró siempre con su Casablanca: cuando estaba en el colegio, cuando estaba en la ciudad, cuando estaba triste, cuando estaba alegre; en todas ocasiones

su mirada, atraída como por misterioso imán, se tornaba hacia aquel techo de su predilección, objeto de sus cantos de poeta y causa de sus más hondos dolores. Mientras fué dueño de Casablanca, la vida de VERGARA pudo llamarse feliz; pero desde que aquella propiedad de familia hubo de pasar á otras manos, que él consideraba profanas, su existencia fué una cadena no interrumpida de pesares y de sacrificios hechos para recuperar ese pedazo de su alma. Y si VERGARA no pudo consolarse nunca de la pérdida de Casablanca, no era precisamente por la pobreza á que vino en consecuencia, ni por la idea de dejar á su familia sin un patrimonio. Nada de eso era poderoso á abatir el ánimo de VERGARA, ni él era hombre que supiese apreciar en lo que valen los bienes de fortuna. El sentía no ser dueño de Casablanca, sólo porque allí había sido niño; porque veía la sombra de sus padres y abuelos—“siete generaciones de hombres buenos”—paseándose por las alcobas de aquella estancia; porque quería tener siempre delante el altar de la Virgen que había recibido sus primeras oraciones; porque no concebía que aquellas rocas donde anidaban las águilas y donde nadie más que él subía de niño á disputarles sus polluelos, pudieran pertenecer á otro dueño. Tal era su pasión por esas cosas, que si se hubiera visto en la necesidad de hacer una elección, habría renunciado gustoso á todos los pingües prados de la hacienda, á trueque de conservar la casa solariega, las rocas peladas y la capillita pajiza donde ayudaba á su madre á arreglar, con musgo y paja, el pesebre para la novena del *Niño*.

Necesario era destinar un párrafo siquiera á Casablanca, al tratar de la vida de VERGARA, tanto para facilitar la inteligencia de casi todas sus poesías y de muchos de sus mejores artículos en prosa, como el inmortal de *Los Buitres*, empapados y saturados de recuerdos de la infancia y de dolorosas comparaciones entre su felicidad de niño y sus desgracias de hombre, como para explicar no pocos accidentes de su vida, que de otra suerte habrían de ser muy mal comprendidos y apreciados.

Aprendió JOSÉ MARÍA VERGARA á leer y á escribir con el bondadoso señor don Rafael Villoria, á cuya escuela entró en 1839. De allí pasó al Colegio de Nuestra Señora del Rosario, donde permaneció sólo seis meses. En esos sus primeros estudios fueron escasos los adelantamientos, ya porque de niño fuese VERGARA poco aplicado y le gustase más pasarse largas temporadas en Casablanca, ya porque los métodos de enseñanza entonces practicados fuesen más propios para entrar

su inquieta y voluble imaginación que para aficionarle á las asperezas del estudio. Su educación literaria escolar empezó y terminó en el colegio que los Padres Jesuitas, infatigables apóstoles de la virtud y de la ciencia, fundaron en esta ciudad desde el año de 1844 y que conservaron hasta su expulsión, durante la administración liberal del general López. VERGARA permaneció por seis años al lado de aquellos inimitables institutores, cuyo mejor elogio lo forman siempre los hombres que salen de sus escuelas. Condiscípulos de VERGARA fueron en aquella época, entre otros que sepamos, Carlos Holguín, Sergio Camargo, Antonio y José Joaquín Borda, Diego Fallon, Mario Valenzuela, Benjamín Pereira Gamba, y muchos más que después han dado prez y honra á la República, en la política, en la literatura y en la milicia.

Mientras estuvo al lado de los Jesuitas, VERGARA formó parte de la aristocracia del colegio. Sus relaciones se hallaban entre los alumnos más conspicuos, y era muy querido de casi todos ellos, como siguió siéndolo después hasta su muerte. Ya entonces se distinguía por la amable travesura de ingenio y de genio que hizo siempre su trato tan ameno y que supo despertar tan intensos y verdaderos afectos. Los superiores del colegio lo distinguían y mimaban particularmente, no sólo por su consagración al estudio, sino por la dulzura de su carácter y por las muestras que desde temprano dió de claro talento y de decidido amor á las letras. Para escribir estas líneas hemos revisado una á una todas las matrículas de sus cursos escolares, hechos en orden riguroso, y los premios y calificaciones que obtuvo en los numerosos exámenes por que pasó. En todas ellas se ve la nota de aprobación con grado de *notable* ó de *sobresaliente con aclamación*; honor tanto más significativo cuanto es sabido el rigor empleado en estas calificaciones en todos los colegios de los Jesuitas. La conducta moral de VERGARA como estudiante fué siempre ejemplar, según consta de sus premios, que guardaba con religioso respeto, y según el voto unánime de sus condiscípulos. La castidad y la obediencia fueron en el colegio sus virtudes especiales; las que unidas á la suavidad de carácter, á las inclinaciones poéticas y á una exquisita sensibilidad de alma, explican suficientemente el cariño que le cobraron sus maestros, los Padres de la Compañía, quienes, como se sabe, dan siempre tanta importancia en sus colegios á dotes de la especie de las que señalaban á VERGARA. Sólo una vez dió ocasión á que se le rebajasen puntos en una calificación, por un acto de *superbia*. Y el acto de soberbia fué, como él mismo lo refiere en

una nota puesta para sus hijos al pié del documento en que consta el cargo, el habersele subido los colores á la cara y saltádosele las lágrimas por la reprensión del catedrático, á quien no pudo contestar acertadamente una pregunta.

Del colegio de los Jesuitas pasó á la Universidad Central, donde completó el curso de retórica y poética, en el cual fué aprobado con plenitud, después de un brillante exámen que le hicieron, entre otros, el Ilustrísimo señor Arzobispo Mosquera y el doctor Rufino Cuervo. Terminada su carrera universitaria, permaneció VERGARA un año más en Bogotá con clases particulares.

VERGARA, como todos los jóvenes que reciben entre nosotros educación literaria, tuvo que pensar, tan pronto como salió de las aulas, en trabajar para vivir. A este efecto se dirigió al Sur de la República, parece que con el ánimo de entrar en la carrera comercial. VERGARA fué siempre absolutamente inepto para los negocios, y así no es de extrañar que esas sus primeras especulaciones le salieran mal, no solamente en el ejercicio del comercio, sino también en algunas empresas agrícolas, que igualmente acometió.

Fuera de esos reveses de fortuna, sólo sabemos que durante su permanencia en Popayán, entre los años de 50 y 51, regentó algunas cátedras de humanidades en el colegio Seminario y redactó dos periódicos, uno literario, *La Matricaria*, y otro político, *El Sur*.

Aunque sus opiniones políticas no estaban entonces todavía bien definidas, VERGARA, generoso y noble por caracter, no podia menos de rechazar con indignación el régimen de violencia y los salvajes desbordamientos democráticos de que fué víctima el Cauca durante la administración del general López. En alguno de sus escritos hubo de quejarse Vergara de tan horrible situación, pues el hecho es que fué amenazado con el *perrero*, * según lo dice él mismo en una nota que hemos encontrado entre sus papeles privados; circunstancia que esplica por qué siendo él de suyo tan pacífico, participó del entusiasmo político que lanzó al partido conservador á la guerra en el año de 1851.

Todavía estaba VERGARA en Popayán cuando estalló en Bogotá el motín militar del 17 de Abril de 1854; y no hay para qué decir que él, como todos los hombres de dignidad y

* *Perrero* llamaban en el Cauca el látigo con que los negros liberales, azuzados por los socialistas de casaca, azotaban á los blancos. Esas brutales vejaciones eran calificadas entónces por el jefe del partido radical de simples *retozos democráticos*.

de principios republicanos, se puso resueltamente del lado de los constitucionalistas para debelar la rebelión. Esgrimió entonces el arma que encontró más á la mano, como dada por la naturaleza, y apeló á los versos para excitar el entusiasmo de los soldados de la República. No se contentó con eso y ocupó modestamente los puestos que se le señalaron, no en los campamentos, sino en las oficinas administrativas: fué Contador de la Gobernación, Secretario de Hacienda y luego de Gobierno del de la Provincia de Popayán, cuyos sueldos renunció en favor del colegio provincial de la misma ciudad.

Pero el suceso más importante de la vida de VERGARA en aquella época fué el haber hecho conocimiento con la distinguida señorita doña Satura Balcázar, que después fué su esposa. En breves palabras refiere él mismo ese episodio: "El 14 de Marzo de 1851, á las once de la noche, conocí á Satura en la plaza de Popayán. Me separé al punto, pues estábamos despidiéndonos cuando la ví, y cuando llegué á casa, á una cuadra de distancia, ya tenía determinado casarme con ella."

Tal fué el principio del grande, santo y sublime amor, que prendió en el corazón de VERGARA para no extinguirse sino con su último aliento. Amor raro aquel! no sujeto ni por un momento siquiera á las cálculos, á las vacilaciones, á los temores, á las flaquezas humanas; no empañado jamás por un mal pensamiento ni turbado por una idea extraña; amor inalterable, espiritual y sereno; amor cristiano, en suma, que es el único que resiste la prueba del tiempo y de las adversidades; el único que no se extingue cuando se sube de la carne al espíritu, según el pensamiento del Dante. Aquel casamiento, tan pronta y firmemente resuelto, no vino á verificarse sino algunos años más tarde, el 13 de Febrero de 1854, en la misma ciudad de Popayán.

El año de 1856 encontramos ya á VERGARA en Bogotá, donde había empezado á darse á conocer como escritor en *La Siesta*, periódico que redactó en compañía del señor D. Rafael Pombo. No conocemos esa publicación, pero creemos que lo que allí dió VERGARA á luz no sería otra cosa que artículos fugaces y algunos versos románticos de la escuela de Zorrilla y de Bermúdez de Castro, que eran por ese entonces los modelos predilectos de nuestra juventud. En ese mismo año, en una solemnísimá y hermosa función del Liceo Granadino leyó "La Lámpara de Belén," poesía que se encuentra entre las de la colección publicada en 1869. No gustó, según hemos

oido decir á quienes la oyeron, tanto por ser un poco monótona, como por que la leyó con voz llorona y sin animación alguna.

De todos los periódicos que VERGARA redactó (y fueron muchos) el que amó con cariño verdaderamente paternal, el que más lo enorgullecía, aquel á que consagró toda su alma y todo su generoso entusiasmo y el que le dió su reputación literaria, fué *El Mosaico*, que apareció á fines de 1858. La historia de su fundación ha sido referida por el mismo VERGARA en el prólogo de la *Manuela* de D. Eugenio Díaz. VERGARA y sus compañeros se dieron á la empresa, no diremos que con ardor juvenil, porque eso estaria muy léjos de la verdad, sino con el ansia candorosa y ciega de un muchacho que persigue un antojo. Ni se pensó en cómo se harían los gastos ni en si tendrían ó no tiempo para trabajar, ni en si faltarían ó no materiales. Por fortuna dieron con el señor Cualla, que era el VERGARA de la tipografía, y que tenía su imprenta en algunas de las piezas de una casa sita en la esquina abajo de San Buenaventura, que contenía, fuera de aquellas piezas, una fragua que daba nombre á todo el establecimiento. En efecto, sobre la puerta había una tabla con este letrero: *Herraje garantizado*.

Mucho de lo que se publicó en los primeros números, se escribió sobre las cajas de la misma imprenta, y pronto empezó á gravitar todo el peso de la redacción sobre los hombros de VERGARA. D. Eugenio Díaz no escribía artículos sueltos sino rarísimas veces; el señor Carrasquilla creía, como lo ha creído siempre, que no podía ni debía escribir sino letrillas; el señor Borda (D. José Joaquín) no cultivó nunca el tono juguetón y maleante que debía predominar en el *Mosaico*; y el señor Marroquín, que tanto interés daba al periódico con sus preciosos artículos de costumbres, era y ha seguido siendo perezoso.

Es de notarse que al pensar en la fundación del *Mosaico*, ni VERGARA ni nadie se propuso fines morales. Mucho más tarde fué cuando, mediante el ascendiente que D. Ricardo Carrasquilla ejerció sobre él y todo su círculo, se tuvo presente que de la literatura y de las publicaciones de todo género se podía sacar partido para propagar buenos sentimientos é ideas. VERGARA amaba las bellas letras por lo bellas; y en la época á que nos referimos, sólo ellas le llamaban la atención, no obstante que, habiendo empezado desde mucho ántes á formar su biblioteca, leía y estudiaba muchas cosas no sólo serias sino empalagosas y áridas.

El Mosaico, en su primera época, estuvo saliendo dos años seguidos. La guerra de 1860 hizo suspender su publicación. Reapareció en Enero de 1864, y estuvo año y medio á cargo de VERGARA. Este habia adelantado inmensamente como escritor, lo cual no sirvió sino para que en esta última parte de *El Mosaico* fueran mejores los artículos que él dió, y no para conservarle al periódico el caracter que habia tenido y que lo habia distinguido. VERGARA no tenía entonces tiempo de sobra, ni hubo la cooperación que ántes de parte de los otros primitivos fundadores.

Mientras VERGARA estuvo al frente de la redacción de *El Mosaico*, fué su constante afán estimular y animar todo cuanto fuera progreso en las letras, en la música, en la pintura, en la arquitectura y en todas las bellas artes. Para él no habia placer igual á descubrir algo digno de elogio. Su alma, entusiasta por todo lo bello, tenía por suyos los triunfos de sus compatriotas, de todos los colores políticos, en cualquier campo en que se obtuviesen, ménos en los de batalla. Todo amor, todo generosidad, todo candor, vivía siempre para los demás, descuidando sus propios intereses. Cuando VERGARA encontraba en algun periódico unos versos ó un artículo de autor desconocido que revelaran talento y disposiciones para las letras, volaba en su busca y no descansaba hasta dar con el incógnito. Entonces, si el autor era un principiante, lo daba á conocer, lo presentaba á sus amigos, y en pocas horas le improvisaba una reputación. No creemos que este sistema de elogios immoderados sea provechoso para promover el adelanto en ninguna materia, y mucho menos en la literatura, como lo ha comprobado la experiencia con alguno de esos jóvenes convertidos por nuestro amigo en literatos de la noche á la mañana; pero en todo caso él pone de manifiesto el caracter de VERGARA, que no gustaba de ver lunares en nadie.

Concluído *El Mosaico*, ó lo que es peor, caído, y bien caído, en manos de don Felipe Pérez, VERGARA escribió aquellos lindos bocetos biográficos que publicó *La Caridad*, unos de personajes eminentes, como el Ilustrísimo Señor Mosquera, de imperecedera memoria, el doctor Rufino Cuervo, el general Nariño, el legendario Coronel Osorio (álias Napoleón de panela); otros, de sujetos de quienes sólo á VERGARA (hábil en descubrir en los demás lo bueno que en ellos hubiera) se le podía ocurrir hacer biografía.

VERGARA, por caracter, no era apto para las luchas políticas, que exigen consistencia de ideas, unidad de propósito, energía en la acción y frialdad de juicio, condiciones todas

de que él carecía en absoluto. VERGARA era voluble, caprichoso y ligero; se dejaba arrastrar de las impresiones, y por lo mismo, razonaba siempre con el corazón. El debió conocerse y huir de la política; pero como entre nosotros eso no es fácil, porque la política se ingiere en todo y lo domina todo, hubo de desempeñar también su papel en esta danza carnavalesca que estamos bailando desde que somos nación independiente y en la cual seguiremos entretenidos hasta que Dios quiera darnos el juicio que nos falta.

La carrera política de VERGARA fué corta por fortuna, pero bastante larga para llenar su vida de sinsabores y acarrearle encmistades, algunas de las cuales pudieron parecer justificadas, pero que provenían todas de no ser conocido su carácter, secreto en el cual estaban sólo sus íntimos amigos.

Durante los años de 1858 y 1859 ocupó VERGARA un puesto en el Congreso nacional. No sabemos que hiciera allí papel alguno notable; pero sí debemos hacer constar en su honor que se opuso tenazmente al planteamiento de la federación y que no quiso firmar la Constitución de 1858, la grande y solemne apostasía del partido conservador. Manifestó en esta ocasión más previsión y solidez de convicciones que muchos de sus conspicuos copartidarios, que por cobardía ó ceguedad rindieron sin condiciones su bandera al enemigo.

En el año de 1859. VERGARA fué nombrado Diputado á la Asamblea legislativa de Cundinamarca, y poco después entró á la Secretaría de Gobierno del mismo Estado, llamado por el Gobernador D. Uldarico Leiva. Quisiéramos pasar por alto este período de la vida de VERGARA, porque nos es tan grata su memoria, que no quisiéramos encontrar lunar alguno en su existencia, al trazar los presentes rasgos biográficos. Pero escribimos historia, y ántes que las consideraciones de la amistad, están los fueros de la verdad.

El 29 de Octubre de 1859 la ciudad de Bogotá presenció el más atroz y escandaloso de los crímenes de que hay recuerdo en nuestra historia. Jesus Malo Blanco asesinó alevosa y premeditadamente, en el atrio de la Catedral, sin motivo ni pretexto alguno, á su hermano mayor, á su protector y, podemos decir, á su padre, D. José María Malo Blanco, Gobernador de Cundinamarca. El delito fué público, y las circunstancias agravantes tales y tan enormes, que la tarea de los jueces fué sencillísima, y la disposición legal aplicable, clara é ineludible. Sustanciada la causa, el fratricida fué condenado á la pena capital. Señalóse el día para la ejecución, el reo entró en capilla, oportunamente recibió los auxilios espirituales, y todo estuvo

listo para el cumplimiento de la sentencia, hasta el banquillo, colocado en la plaza de Bolívar, con su tremenda inscripción, que recordamos haber leído con pavoroso respeto. La hora designada para la ejecución pasó sin embargo; trascurrió una más y el reo no parecía, sin que nadie supiera la causa de la demora. Como á las 11 de la mañana (16 de Diciembre de 1859) se difundió la noticia de que la ejecución no tendría lugar ese día, y poco después se vió desclavar el banquillo. Que pasaba? una cosa muy sencilla, pero muy grave. El defensor del reo, doctor Manuel María Madieto, ocurrió al Gobernador del Estado diciendo que Jesus Malo se había vuelto loco y que era preciso suspender la ejecución de la sentencia. El Gobernador vino en ello; el reo fué sacado de la capilla y conducido á un calabozo, donde se le reconoció por los siguientes médicos, que parece aceptaron con vaguedades y reticencias el hecho de la enajenación mental: doctores Bernardo Espinosa, Ignacio Antorveza, Joaquín Maldonado, Ignacio Pereira y Wenceslao Garzón Zabala. Pasados estos documentos al Juez de la causa, él contestó que nada tenía que hacer en el particular, puesto que el reo estaba en su entero y cabal juicio cuando se le notificó la sentencia. El Gobernador reunió entonces el Consejo de Gobierno para pedirle su dictámen, y el Consejo contestó que en su concepto los documentos en que la Gobernación había fundado su resolución de suspender la sentencia no eran satisfactorios, y que debía procederse ó hacer un nuevo reconocimiento del presunto loco por cinco médicos extranjeros. Fuéron nombrados para este encargo los doctores Cheyne, Van-Arcken, Davoren, Dudley y Fergusson. Tres de estos facultativos dijeron que Jesus Malo no estaba loco, pero que *no se hallaba en buen estado de salud*; el doctor Cheyne informó que “estaba completamente bueno, es decir, que no padecía enfermedad alguna.” Descubierta, pues, la farsa de la locura, se pidió al Gobernador la conmutación de la pena de muerte; convocó éste el Consejo de Gobierno para pedir su dictámen, y ese dictámen fué adverso á la conmutación. Sin embargo, el Gobernador resolvió favorablemente al reo. Veinte días después, á las seis de la tarde, sin disfraz alguno, sin violentar una puerta ni encontrar resistencia en ningun centinela, salía un hombre del presidio de Bogotá, con la misma tranquilidad con que pudiera salir de su casa: aquel hombre era el fratricida Jesus Malo Blanco.

Así terminó aquel espantoso drama. La justicia quedó burlada, la sociedad herida profundamente, y sentado un precedente cuyas consecuencias estamos deplorando hoy. Desde

aquella causa celebre quedó establecida en la República la impunidad para el delito. Creemos más todavía: gran parte de las desgracias que han caído sobre el partido conservador, las atribuimos á aquella escandalosa violación de la justicia, porque faltas de esa naturaleza, en los gobiernos y en los partidos, no las deja Dios sin castigo acá en la tierra.

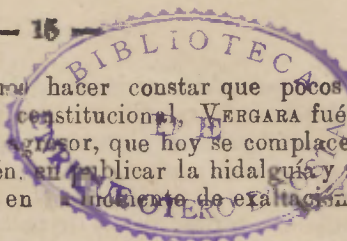
Volviendo á nuestro querido amigo VERGARA, tenemos la pena de decir que él tuvo participación no escasa en la impunidad de Jesus Malo; y la tuvo, no guiado por ninguna pasión indigna, sino al contrario por la excesiva benevolencia de su corazón. VERGARA era enemigo de la pena de muerte, y creyó candorosamente, que el fratricida podía ser castigado mejor en un presidio. Esto explica su conducta; pero no destruye la responsabilidad que le corresponde por haber contribuido á que la ley quedara burlada. Si él encontraba en conflicto sus convicciones con sus deberes oficiales, el camino claro y expedito que tenía que seguir, era renunciar la Secretaría de Gobierno; pero nunca poner las influencias que le daba esa misma elevada posición para estorbar el fallo de la justicia. Ah! si VERGARA viviera hoy, al ver la espantosa multiplicación de los delitos, fruto de la impunidad, no dudamos de que se arrepentiría de aquella falta, que nosotros recordamos aquí solo porque á ello nos obliga nuestra adhesión á la verdad histórica.

VERGARA estaba encargado de la imprenta de *El Mosaico* desde que se acercaba la guerra de 1860. Cuando D. Pastor Ospina, D. Liborio Escallón y otros conservadores de nota determinaron fundar *El Herald*, se entendieron con VERGARA, y éste vino á ser editor y á contraer compromisos con el público ó con los suscriptores. Publicados ya muchos números en los que se habían sostenido opiniones absolutamente conservadoras y antirrevolucionarias, ocurrieron ciertas desavenencias, de las que resultó que los fundadores del periódico se separaran de la redacción, y VERGARA se vió obligado á atender solo á la publicación. Sus opiniones, sin dejar de ser conservadoras y adversas á la inicua revolución de Mosquera, eran muy diferentes de las de los ministeriales: con él no se entendía aquello de *qui non est mecum contra me est*. Se opuso violentamente al cambio de la candidatura del general Herrán por la de D. Julio Arboleda, como se opusieron muchos conservadores notables, que juzgaron con razón que esa medida, tomada en los momentos en que más necesidad de cohesión tenía el partido conservador, era un triunfo implícito para la revolución. VERGARA estaba además por medidas concilia-

doras, y quería que, á pesar de estar ya encendida la guerra, no se hiciera sino lo que parecía justo, humano y moderado. Reprobó sin contemplaciones algunos pasos del Gobierno, que sin dar vigor á la administración, sólo contribuían á exaltar más los ánimos. Esta conducta acarreó violentos ataques de parte de los conservadores militantes, que no veían en él, como sucede en tales casos con todo el que quiere colocarse en un término medio, sino un tráfuga. Esto, y la circunstancia de haber más tarde su hermano José Antonio tomado armas con Mosquera, le atrajo simpatías de los liberales, lo que acabó de perderlo en el concepto de sus copartidarios.

El 7 de Marzo de 1861 se fugaron los presos políticos que estaban en el Colegio del Rosario, atacando y desarmando la guardia que los custodiaba. Tomaron todos el camino del cerro de Guadalupe que conduce á los páramos de Oriente, y en su persecución salieron la corta guarnición de la ciudad y muchos particulares armados. Algunos de los prófugos, según se dijo entonces, opusieron resistencia; pero aún cuando así hubiese sido, en ningún caso pueden justificarse los actos de violencia y crueles tratamientos con que los perseguidores oficiales, no la tropa de línea, que se condujo con mucha moderación, infamaron aquella tarde la causa del Gobierno. Muchos de los presos escaparon, y á los que fueron alcanzados se les volvió á conducir á la prisión. Entre ellos cayó nuestro amigo VERGARA, que había subido al cerro, al tener noticia del suceso, sin otra intención que impedir desórdenes y auxiliar en lo que pudiera á los que resultaran heridos. Ya hemos dicho que VERGARA era entonces muy mal querido de los conservadores; y así bastó que increpara á un oficial el modo brutal como trataba á uno de los presos heridos, para que se le hiciera incorporar en la partida y se le condujera con el resto de los presos al Colegio del Rosario, donde se le mantuvo durante tres ó cuatro días. No estará por demás recordar, como un rasgo característico de VERGARA, que en aquella noche fué su primer cuidado congregar á todos los presos, hacerles una especie de plática religiosa y comprometerlos á rezar el rosario, en el cual hizo coro, por instancias del mismo VERGARA, un clérigo renegado, hecho prisionero con las armas en la mano en el combate del Oratorio.

No pararon aquí los sufrimientos de VERGARA en aquella época. Pocos días despues, hallándose en casa de su tía Doña Inés Vergara, agente incansable de la revolución de Mosquera en esta ciudad, fué acometido y herido de una estocada en el vientre por un militar del Gobierno. Ignoramos la causa de



este suceso ; pero sí debemos hacer constar que pocos días después, caído el Gobierno constitucional, VERGARA fué amparo y defensa de aquel su agror, que hoy se complace, como caballero que es también, en publicar la hidalguía y noble proceder de aquel á quien, en un momento de exaltación, juzgó su enemigo.

Triunfante la revolución, las cosas estaban dispuestas para que, mediante la amistad que á Vergara profesaba el señor D. Justo Briceño y cierto cariño que le tenía Mosquera, fuera colocado. Lo fué en la Secretaría de Gobierno de Cundinamarca, y en ese puesto vino á ser una providencia para los prisioneros y para los conservadores oprimidos con exacciones. Entre los papeles privados de Vergara hemos encontrado una comunicación del señor Rojas Garrido, Secretario de Mosquera, dirigida al señor Justo Briceño, en la cual se queja duramente de que las enérgicas providencias dictadas contra los conservadores son continuamente contrariadas por el señor Vergara, en su calidad de Secretario de Gobierno de Cundinamarca. En los aciagos días siguientes al 18 de Julio, sacó de esta ciudad á un oficial que estaba sindicado de haber quitado la vida al señor Patrocínio Cuéllar; dió pasos para hacer que Mosquera perdiera de vista á D. Sebastián Tovar, é hizo grandes esfuerzos, aunque no lo consiguió, para recabar del doctor Sucre que se dejara esconder y sacar de la ciudad. Logró que mientras la Secretaría estuvo á su cargo, el Gobierno se ocupara en asuntos administrativos útiles para el Estado é independientes del ramo de la guerra. En cuanto á hacer rebajar empréstitos y devolver animales expropiados hizo tanto, que áun algunos de los conservadores exaltados que más lo habían aborrecido, le quedaron agradecidos.

Otro motivo de quejas, odios y murmuraciones contra VERGARA, fué el malhadado contrato que hizo con el Gobierno de Cundinamarca, asociado con el señor José Camacho Roldán, para la formación del catastro de riqueza raiz. El tal catastro, si tal nombre puede dársele, formado con extremada precipitación, no quedó (como no quedará nunca) á satisfacción de los propietarios, y todos sus defectos se atribuyeron á mala fé ó á ineptitud de VERGARA. La prevención que había contra él, hizo que nadie se acordara de su colega el señor Camacho.

A VERGARA le urgía en ese entonces la necesidad de allegar fondos para el objeto, de vital importancia para él y para su familia, de redimir á Casablanca. Habiendo su familia de tiempo atras abandonado sus negocios y cargádose con réditos,

había sido necesario vender la hacienda con pacto de retroventa. Todos los esfuerzos hechos por VERGARA para recobrar la finca fueron ineficaces. Cuando se aproximaba el término fatal, se pensó en ocurrir al medio de tomar los foudos de manos de un tercero, dando á éste la esperanza de venir á quedarse con la hacienda más tarde, sino se le podía hacer el reembolso. El primitivo comprador lo entendió y lo llevó muy á mal, y esto le procuró á VERGARA terribles sinsabores, que hicieron llegar al último punto la amargura que le causaba el ver pasar á manos extrañas aquella Casablanca que cantó tan sentidamente.

Consumada aquella desgracia, VERGARA se prometió conservar algo del caudal de su familia, comprando otra posesión que á fuerza de trabajo y de cultivo viniera á ser valiosa. Pero la compra del *Bosque* y los esfuerzos empleados en mejorar ese terreno no fueron sino nuevo manantial de dificultades y de pesares. Tras un pleito, la finca volvió á poder del vendedor, y no le quedó á VERGARA más que la casita que en esta ciudad había edificado. Esta estaba pignorada cuando murió, por una suma casi igual á su valor. La venta de su rica y preciosa biblioteca dió al fin con qué libertarla.

En el año de 1864 estableció VERGARA una agencia de negocios, asociado con el señor Aníbal Galindo. Tampoco le dió esta empresa resultado alguno, entre otras razones porque VERGARA, que era muy escrupuloso en cuanto se rozaba con sus creencias religiosas, tuvo que renunciar á intervenir en todos los negocios conexiónados con las manos muertas, que eran los que á la sazón abundaban, y dejárselos á su socio. En el año siguiente estuvo de Síndico ó Inspector del Hospicio, y en 1867 fué nombrado Secretario de la Asamblea Constituyente de Cundinamarca, que se reunió después del golpe de estado dado por el Gobernador Aldana, como consecuencia de la caída del General Mosquera el 23 de Mayo del mismo año. VERGARA, como todos los conservadores, cegados por el aborrecimiento á Mosquera, aplaudió con entusiasmo esa evolución política, que la historia calificará sin duda como una negra y vil traición, dictada no tanto por el propósito de dar en tierra con la dictadura de Mosquera, cuanto por la ambición de los llamados á sucederle en el poder y por el odio de los radicales al partido conservador, que sin el golpe del 23 de Mayo habría sido el restaurador de las instituciones. VERGARA no se limitó á aplaudir, sino que tomó calurosamente la defensa del vacilante gobierno del General Acosta contra el mosquerismo caído, pero amenazador. En el periódico *La*

República, fundado con tal objeto, escribió entonces VERGARA varios artículos que hicieron grande impresión en todos los círculos políticos.

En el año de 1868, si mal no recordamos, fué nombrado Archivero nacional, destino que desempeñó con gran consagración durante un año y medio. Nada podía ser más grato para él, que se alampaba por todos los papeles viejos, y se desvivía por cuanto tuviera relación con nuestra historia nacional, especialmente de la época de la conquista, que meterse de cabeza en aquel caos de expedientes que se llama nuestro Archivo nacional. VERGARA encontró ese Archivo en una confusión espantosa, y aunque trabajó con apasionada diligencia, no alcanzó sino á iniciar un arreglo que habría demandado muchos años para su terminación. Creemos que con su separación del destino, volvió ese rico depósito al estado de incuria y desgreño en que se encontraba antes, pues ni nuestros Gobiernos se curan de otra cosa que de ganar elecciones y promover revoluciones, ni es fácil encontrar para ese puesto hombres que tengan, como VERGARA, vastos conocimientos en historia patria, amor profundo por ese estudio, y paciencia de anticuarios.

El deseo de no interrumpir el relato de la vida pública de VERGARA, nos ha impedido dar cuenta de sus trabajos literarios en ese lapso de tiempo. Volvamos pues un poco atrás para colmar este vacío.

En el año de 1859 compiló y dió á luz la colección de poesías del señor Mario Valenzuela, distinguido poeta y escritor político, que acababa de dejar el mundo, donde se le abría un brillante porvenir, para tomar la sotana de novicio en la Compañía de Jesús. Esa colección está precedida de una noticia biográfica y un juicio crítico de las poesías del joven jesuita, escritos por VERGARA, y termina con *La Corona del Novicio*, formada con varias composiciones de despedida de sus amigos, la señora doña Silveria Espinosa de Rendón, D. Ricardo Carrasquilla, D. José Joaquín Borda y el mismo VERGARA.

Estaba éste en casa del señor Carrasquilla trabajando en la selección de las poesías de Mario Valenzuela, cuando entró D. Rafael Eliseo Santander á invitarlos á que cierto día de la semana se reuniesen en su casa todos tres y el señor Marroquín, que también estaba presente, á tomar *chocolate de media canela con mollete* y á fumar y mentir de 4 á 6 horas, como decía el señor Saavedra.

Este fué el origen de las reuniones que poco después tomaron (por insinuación de VERGARA) el nombre de Mosaicos,

tanto porque los que las formaban eran casi todos los escritores del *Mosaico*, como porque no tenían objeto determinado ni reglamento alguno. Eran reuniones de amigos, en las cuales se leía, se improvisaba, se cantaba, se tocaba, se hacían caricaturas, se fumaba y se cenaba con aquella deliciosa libertad que consiste en la ausencia de las fórmulas, pero dentro de los límites justos del recato, de la civilidad y del buen tono. Allí se congregaban personas de encontradas opiniones políticas y religiosas, y sin embargo jamás fué turbado el buen humor, que siempre reinaba en los Mosaicos, por una discusión agría ó destemplada sobre política ó religión. Antes de la revolución de 1861 estas reuniones fueron muy frecuentes. En casa de Santander no duraron mucho: siguieron celebrándose alternativamente en las de VERGARA, Carrasquilla y demás individuos del círculo. Sin embargo no llegaron á ser numerosas é importantes sino después de la revolución, cuando el señor Samper, á su regreso de Europa, las hizo revivir. De entonces para adelante, tuvieron lugar, ya en casa del mismo Samper, ya en la de Quijano, y algunas veces en la de Ricardo Silva.

VERGARA fué siempre el alma de estas reuniones, sin embargo de que Quijano y su señora, Fallon, Carrasquilla, Marroquín, Silva y Manuel Pombo contribuían infinito á animarlas. A cada uno le parecía que no más que para él había estado VERGARA presente y que á lo que se había ido era solo á oír y ver á VERGARA. Su conversación era en efecto tan animada, tan voluble, tan salerosa, tan delicada y chispeante de imaginación y de ingenio, que disfrutar de ella causaba el mayor placer. Y no era Vergara de aquellos que entretienen á costa de la reputación del prójimo ó con dicharachos equívocos ó groseros: jamás salió de sus labios una palabra mal sonante ó que no pudiera oír una niña, ni sus agudezas afectaban el buen nombre de persona alguna. VERGARA hablando era una caja de música que nunca repetía sus melodias.

En los Mosaicos, especialmente si eran en casa de Quijano, era muy común que los concurrentes se pusieran á improvisar, y no menos común que, mientras los demás hacían una composición, VERGARA concluyera dos ó tres de géneros diferentes. Las de sus amigos eran generalmente medianas, y dudamos que alguna haya merecido salir á luz; las de VERGARA eran siempre excelentes, por la sencilla razón de que él era constante improvisador, y no escribía bien sino improvisando. El mérito de la colección de todas esas travesuras de los Mosaicos casi está exclusivamente en las composiciones de VER-

GARA, muchas de las cuales fueron publicadas después y figuran en su colección de poesías. Recordamos entre ellas la titulada *Recuerdos*, que es para nuestro gusto la más delicada y sentida de las que salieron de su pluma.

Un día vino á manos de Carrasquilla y Marroquín la primera parte del precioso poemita "El cultivo del Maíz" de Gregorio Gutiérrez González. Al punto convocaron el Mosaico para casa de Quijano, donde se exhibió con grande aplauso esa joya literaria del poeta antioqueño. VERGARA se puso inmediatamente á escribir y leyó luego una segunda parte que acababa de improvisar. Esta admiró más que la primera, porque además de tener (según pareció á los circunstantes) el mismo vigor, la misma viveza de descripción y la misma lozanía de la escrita por Gutiérrez González, era una imitación perfecta del estilo de éste. Leída que fué, Vergara la quemó.

Por ese entonces y áun de mucho tiempo atras hablaba frecuentemente á sus amigos de una novela que tenía inédita, titulada *Mercedes*. Era obra que había tomado muy á pechos, y miraba como cosa transitoria todo lo que emprendiera mientras no diese cima á aquella empresa. Sin embargo, los fragmentos que leyó á Marroquín y á Carrasquilla no tenían, según ellos, el mérito que hubieran debido tener para absorber tan gran parte de su atención. VERGARA no podía entonces escribir novela, porque aun no se había afiliado á escuela alguna. Poco después dió con Trueba, y Fernán Caballero, de quienes se hizo ciego adorador, imitador, y aun á veces afortunado rival. Los originales de esa novela *Mercedes* no se encontraron sin embargo entre sus papeles, como se perdieron también parte de un Diccionario geográfico, dos novelas más *Un chismoso* y *Un odio á muerte*, los materiales del 2.º tomo de la Historia de la Literatura en Nueva Granada, *Cuadros políticos* ó *Días históricos, desde 1849 hasta 1864* sus viajes por España, y otros papeles que figuran en un inventario de su puño y letra que tenemos á la vista.

En lo dramático hizo un ligero ensayo, componiendo en colaboración con D. Ricardo Carrasquilla una piecésita que se publicó en *El Mosaico*, de cuyo mérito no se podría formar juicio sino viéndola puesta en escena. Pero sea cualquiera el mérito de ese ensayo, es lo cierto que VERGARA no había sobresalido si se hubiera dedicado á este genero de literatura.

Junto con los señores Carrasquilla y Marroquín corrigió VERGARA *La Manuela* de don Eugenio Díaz, obra que estaba plagada de defectos. El lenguaje era por todo extremo incorrecto ; el estilo vulgar y desaliñado ; la narración estaba inte-

rrumpida á cada paso por disertaciones trivialísimas sobre política y moral; las descripciones de costumbres urbanas (que el autor no conocía) eran deplorables. Merced á los dilatados esfuerzos de Marroquín y Carrasquilla y sobre todo á los de VERGARA, que refundió el capítulo *La muerte de Rosa*, y arregló el desenlace, conservando el estilo de D. Eugenio, la obra vino á quedar bastante buena para que en ella brillara el raro ingenio del autor, sin que se descubriese mucho su falta de letras y de gusto.

Cuando VERGARA tenía agencia de negocios, se presentó un día en su escritorio un joven desconocido que venía del Cauca, donde había lidiado en las huestes conservadoras á las órdenes del ilustre Julio Arboleda. El joven traía en mira cierto negocio de papeles, que se palabreó prontamente entre él y Vergara. Del negocio pasaron á hablar de asuntos indiferentes, hasta que VERGARA, que nunca perdía de vista las letras, preguntó de repente á su interlocutor si no había hecho versos. El joven contestó con modestia que tenía algunos borradores, que no se atrevía á enseñar; VERGARA insistió en verlos, y al día siguiente tenía en sus manos el mamotreto solicitado. Leyólos con interés, descubrió en ellos mérito indisputable, é inmediatamente convocó á Mosaico pleno para darlos á conocer á sus amigos. El mismo autor leyó sus versos con voz trémula y ahogada por la emoción; los aplausos no tardaron, y la lectura terminó con la proposición, aprobada con entusiasmo por todos los presentes, de hacer á escote una esmerada edición de las poesías leídas y regalársela al autor. Al día siguiente se repetía por todas partes que había aparecido, de la noche á la mañana, un poeta ya distinguido y que prometía mucho para el porvenir: ese poeta era Jorge Isaacs.

En pos de sus versos, el señor Isaacs publicó su célebre novela *María*, que completó su reputación literaria. Algunos de los amigos del señor Isaacs entonces, le ayudaron, con el mayor interés á corregir los manuscritos. VERGARA era el más entusiasta, y cuando la obra se concluyó y publicó, fué él también quien se encargó de presentarla al público por medio de un bellissimo artículo crítico que publicó *La Caridad*.

Razón tenía, pues, el señor Isaacs para hablar de él y demás amigos suyos de entonces en los términos en que lo hace en los siguientes párrafos de una carta que escribió de Santiago de Chile, en 1872, al autor de estas líneas: "No, no me he olvidado de los buenos amigos que dejé en Bogotá; yo creía que así debían suponerlo, y usted me hizo mal al desengañarme. Olvidarlos: ¿Y qué he encontrado aquí que pueda

sustituirme tales afectos? ¿Qué hombre ha estrechado en esta tierra mi mano como usted, Caro, César, Carrasquilla, Samper, Vergara, Silva, Pombo y Quijano la estrechan?...

“Olvidarlos! En Bogotá, patria de mi alma, ¿no fueron usted y ellos mi familia? Qué era yo en 1864? A quiénes debo mi posición actual? ¿A quiénes deberán mis hijos llevar un nombre menos oscuro ya?”

En 1866 editó VERGARA, junto con el señor Marroquín, los *Cuadros de Costumbres*, preciosa colección de artículos de viajes y costumbres nacionales de nuestros mejores escritores en este género de literatura que casi podría considerarse propio de Colombia; empezó también la publicación del *Parnaso Colombiano*, del cual no salieron sino tres tomitos con las poesías de los señores Gutiérrez González, Caicedo Rojas y Marroquín; y antes había compilado y dado á luz también los escritos políticos de su ídolo, el General Narifio, cuya biografía publicó en *La Caridad*.

En el año de 1866 dió á la estampa un almanaque con guía de forasteros y un cuadro cronológico de los gobernantes de Nueva Granada desde la época de la conquista hasta la Presidencia del señor Murillo; interesantísimo trabajo en el cual está el compendio de nuestra historia política á grandes rasgos, cual se necesitaría para el aprendizaje en la escuelas. No es recomendable, sin embargo, por imparcialidad al juzgar las últimas administraciones de la República, especialmente la de D. Mariano Ospina, á quien VERGARA tuvo siempre mala voluntad; y en la época de la conquista incurre en graves equivocaciones, no por otra causa que por su ciego y fanático respeto á la autoridad de los cronistas, que sólo merecen crédito cuando dan testimonios de hechos precisos; pero no cuando se dan á hacer apreciaciones y comentarios. Por ejemplo, VERGARA, insinuando á los cronistas, dice candorosamente que la población indígena de los Chibchas alcanzaba á diez millones; aserción desprovista de todo fundamento y que va contra principios indiscutibles de la ciencia económica. El señor D. Carlos Holguín, redactor de *La Prensa* cuando VERGARA publicó su libro, lo atacó por este punto; VERGARA se resintió, contestó con destemplanza y rudeza, y llevó su pasión hasta el punto de fundar periódico para sostener la polémica. Por fortuna ésta cesó pronto.

En el año de 1867 apareció *La Historia de la Literatura en Nueva Granada*, la obra más seria, más meditada y sin

duda la más importante de las que salieron de la pluma de VERGARA. Para escribirla se preparó durante muchos años, allegando con gran paciencia, trabajo y costos, los materiales indispensables, que vinieron á formar una biblioteca nacional de raro mérito. A su muerte esa colección se descabaloó notablemente, perdiéndose muchos ricos y preciosos manuscritos y ediciones que hoy no se hallan á ningún precio. El Gobierno compró para la Biblioteca lo que pudo salvarse de aquella colección, y con eso logró la familia de Vergara liberrar su casa de habitación, lo único que le quedaba del rico patrimonio de sus mayores.

Olivos y Aceitunos, todos son unos, es el título de una preciosa novelita trabajada en pocas noches, que VERGARA publicó en 1868. Los cuadros de costumbres que allí exhibe, son acabados, la trama interesante y los caracteres, aunque en rasguño, bien delineados y sostenidos. El tono de toda ella es de travesura y ligereza, pero en el fondo se descubre la amargura de su alma por la triste situación á que han traído la República las exageraciones políticas.

El 24 de Febrero de 1868 cayó sobre VERGARA un golpe espantoso, que redujo á polvo en un segundo todo el edificio de su felicidad doméstica (única que tenía) y que lo llevó á él mismo al sepulcro. Aquel día, y después de sólo ocho de enfermedad, murió su esposa, la señora doña Saturia Balcázar que formó su primero y único amor, la alegría de su hogar, la consoladora de sus infortunios, la que secaba sus lágrimas, la que velaba á su lado en altas horas de la noche mientras él trabajaba, la que nunca tuvo para él sino sonrisas y caricias, la que apartaba las zarzas y espinas de su camino, tendiéndolo de flores!

VERGARA quedó anonadado ante semejante desgracia; pero en el naufragio de su dicha tuvo la cruz, único madero de salvación en las catástrofes de las naciones y de los individuos, y á ella asióse, y bañóla con sus lágrimas, y ofreció consagrarle el resto de su existencia.

Y cumplió su voto. La lira de VERGARA quedó rota para el mundo; aquellos cantares suyos tan alegres y festivos no volvieron á oírse. Enfermo, doliente, encorvado bajo el peso de su dolor, viósele vagar por cuatro años sobre la tierra, como una sombra de lo que fué, asordando el viento con sus gemidos, buscando por todas partes á su Saturia.

Sólo una cosa le sacaba de sus tristes meditaciones, solo un nombre le hacía levantar la cabeza: era el de Jesucristo. El recibía indiferentemente elogios y ultrajes; pero cuando veía

escarnecer la cruz del Redentor, esa cruz que había sido su salvación en el día de la prueba, entonces se erguía y recobraba el brío de la juventud, y su voz trémula se hacía oír distintamente, desafiando las cóleras de los enemigos de Dios.

Desde que VERGARA empezó á hacerse conocer como escritor puso su pluma al servicio de la religión de sus padres; pero cuando se persuadió de que Dios le había privado del encanto de su vida para ligarlo más á Él, desatendió todo otro asunto y fué su único afán, como él mismo decía, *santificarse y hacer fructificar su dolor*.

“Creo y he creído,” nos decía entonces en una carta, “que Dios ha tenido algún designio al quitarme á la mujer que amé tanto y por tantos años. Al lado de ella, que era mi vida y mi pensamiento, no hubiera atendido yo á mi salvación, no porque ese pobre y querido ángel me lo impidiera, sino porque yo no pensaba sino en ella, sin que por eso me hubiera olvidado totalmente de Dios. Hoy no pienso sino en mi Redentor: 1.º porque ya no tengo en quién pensar sino en Él: 2.º porque en Él creo que está la madre de mis hijos, y aspiro á reunirme con ella otra vez.

“Creo que también fué su muerte un castigo, que declaro muy merecido, *ut justificetur Deus in sermonibus suis et vincat cum judicatur*. El perro no se rebela bajo el látigo de su dueño, sino que se tiende, se recoge y ahulla para obtener perdón; y yo no tengo por qué ser más que el perro. Reconozco á Dios como mi amo; le debo el pan y las caricias que me hizo; no le morderé, no, porque me azota. Aguardo con paciencia á que se calme para que me deje besar su pié!

“No creo de ninguna manera que Su Majestad me necesite para nada, ni que me tenga prevenido para ser instrumento de su gloria. No creo que mi periódico le sirva, ni que yo pueda conseguir nada con él; pero yo satisfago un deber de amor al trabajar por Él, aunque no me lo agradezca. Harto hace en permitirme que escriba tomando su Divino Nombre.

“Creo, en suma, que si mi madre y mi Sauria me hubieran dejado alguna orden, sería la de que trabajara por Jesucristo, á quien amaron tanto; y ellas han sido lo que más amé en la tierra. Creo que escribiendo sobre religión haré que mis hijos se crean obligados á ser siempre discípulos de Cristo, no solo por amor á Él, sino por respeto á mí.”

El periódico á que hace alusión en uno de los anteriores párrafos fué *La Fe*, que fundó poco después de la muerte de su esposa, en los momentos en que empezaba con toda violencia la guerra declarada por el liberalismo á la Iglesia en nues-

tra Patria. Luchó allí como bueno, sin contemplaciones de ninguna clase, hasta que se le cayó la pluma de la mano.

VERGARA trabajaba entonces intelectualmente con verdadero frenesí, lo cual unido á la profunda tristeza de su alma, le ocasionó una enfermedad que lo puso al borde del sepulcro. Sobrevinole, en efecto, un accidente apoplético, que lo tuvo por varios días entre la vida y la muerte; los médicos llegaron á desesperar todos de su curación; pero Dios no quería todavía poner punto á la prueba de su fiel siervo, y le mandó que viviera. Levantóse, pues, del accidente, mas no curado. Se temía que de un momento á otro viniera un nuevo ataque, que sería decisivo. Lo único que podría prolongar su vida era un viaje al extranjero; pero VERGARA no tenía recursos para ello.

Varios de sus amigos liberales se interesaron vivamente con el General Santos Gutiérrez, Presidente entonces de la República, para que se le diera una colocación en Europa. Grandes fueron las resistencias que hubo que vencer, no de parte del General Gutiérrez, sino de la de los muchos pretendientes al destino que se deseaba conseguir para VERGARA. Al fin todo se allanó, y VERGARA recibió el despacho de Secretario de la Legación Colombiana en Inglaterra y Francia. Partió de esta ciudad á mediados de Julio de 1869, y como ofrenda de despedida á sus amigos y á la tumba de su esposa, publicó un tomito con la colección de sus poesías bajo el título de *Versos en Borrador*.

Su permanencia en Europa no fué para él de ocio y descanso. Todo el tiempo que le dejaban libres los quehaceres de la Legación lo consagraba al estudio y al conocimiento y trato de los hombres notables. VERGARA era de suyo muy insinuante, y así no le fué difícil hacerse amigo de personajes como Augusto Nicolás, Enrique Conscience y otros eminentes literatos. Visitó á Roma, satisfaciendo así el mayor anhelo de su vida, que era besar los piés de Pio IX; hizo romería á la tumba de Chateaubriand, su ídolo literario, y escribió con tal motivo una carta, que es sin duda su obra maestra, la más perfecta producción que salió de su pluma. Estuvo también en Inglaterra, y terminó su correría con el viaje á España, que ponía el colmo á sus aspiraciones mundanas. En Madrid se hizo grande amigo de Hartzenbusch, Tamayo y Baus, Campoamor, Trueba, Fernández Guerra, Zorrilla, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, y casi todos los académicos y literatos notables; y como no podía venirse de España sin conocer á Fernan Caballero, que era su autor español favo-

rito, hizo viaje hasta Sevilla para ver y tratar á la ilustre y piadosa novelista.

VERGARA aprovechó su permanencia en Madrid para dar á conocer allí nuestra literatura, y contribuyó con ello sin duda á que la Academia Española pusiese resueltamente por obra el pensamiento de establecer en América Academias correspondientes. VERGARA, y los señores Caro y Marroquín, fueron nombrados miembros correspondientes de aquel sabio cuerpo, y los tres sirvieron de núcleo después (1871) á la formación de la Academia Colombiana, tal cual hoy existe.

Mientras VERGARA estuvo en París llevó una vida ascética ejemplar, que confundía á todos sus paisanos residentes allí, los cuales solo buscaban el placer en aquella Babilonia moderna. Huía él de todos los lugares consagrados á la disolución, y en su lugar buscaba los templos, las bibliotecas y museos. Uno de sus primeros cuidados á llegar al París, fué inscribirse en una de las asociaciones de San Vicente de Paúl, y hacerse señalar una familia pobre á quien visitar y llevar la limosna semanal de la Sociedad.

La última y más bella porción de la vida de VERGARA fué sin duda el año transcurrido desde su regreso á Europa hasta su muerte. Aquel año fué pleno; presintiendo acaso su próximo fin, se propuso llenar la medida de sus merecimientos, para poder ofrecerla, apretada y rebosante, á su Maestro y Señor.

Estaba entonces en lo más recio el combate empeñado aquí por el liberalismo contra la Iglesia. VERGARA no se hizo esperar entre los sostenedores de la casa fuerte, y se presentó con más armas de las que puede manejar un hombre, y todas, sin embargo, las manejó hábil y valerosamente. Fundó entonces *La Unión Católica*; y como las columnas de este periódico no bastasen para contener sus escritos, apeló á todos los que se publicaban en Bogotá, y en el resto de la República en defensa de la causa de sus convicciones. Todos los días aparecían entonces los periódicos católicos con artículos de VERGARA: en el uno atacaba á los adversarios en tono serio y mesurado; apelaba en el otro á la sátira mordicante; en unas partes se defendía, en otras retaba, y hubo ocasión de tener pendientes cuatro ó cinco polémicas á la vez sobre asuntos diferentes, aunque todos conexados con la cuestión religiosa. La fecundidad, el brío, el valor de VERGARA en aquella ocasión le grangearon no solo el aprecio sino la admiración de todos los católicos de Colombia; pero si entusiasta fué el aplauso de los suyos, los contrarios no se quedaron cortos por su parte en la diatriba y el insulto. Incapaces de luchar con

el valeroso campeón en el terreno de la razón, jugaron armas enherboladas y traidoras. VERGARA fué calumniado, escarnecido, herido en su honor hasta por personas que habían sido antes sus íntimos amigos y que por consiguiente conocían los quilates de su puro y nobilísimo corazón. A todos ellos perdonó con cristiana mansedumbre, contra ninguno volvió en la polémica las armas prohibidas que ellos le arrojaban; pero tampoco fueron parte á detenerle en su camino semejantes contrariedades y sinsabores. Había hecho voto de consagrar su pluma á Dios, y no la soltó hasta que Dios mismo se la quitó de la mano. Sobre su escritorio se encontró comenzado el último editorial para *La Unión Católica*; de allí se levantó para pasar á dormir el sueño de la tumba.

Pero no por su consagración absoluta á la polémica religiosa desatendió VERGARA las letras entre tanto. Da testimonio de ello la fundación de la *Revista de Bogotá*, primera publicación de este género en Colombia, pero de la cual no alcanzó á dar sino muy pocos números. Su amigo D. José Joaquín Borda la continuó hasta completar el año.

Va haciéndose ya demasiado largo este trabajo, y es tiempo de ponerle término. Pero como no habremos de concluir sin tocar con un doloroso episodio, se excusará el que quera- mos dar todavía un rodeo antes de llegar allí.

VERGARA era no solo hombre de fe viva, sino de caridad ardiente. Extremado en el amor á la patria, á la familia, á sus amigos y á las letras, lo era también en el amor á los pobres. En aquel corazón cabían todos los amores santos. Jamás se le encontró sordo cuando se trataba de la miseria ajena. Si tenía que dar, daba cuanto tenía; si nada tenía, como sucedía casi siempre, salía á pedir para sus pobres, soportando con paciencia la dureza con que muchos reciben esta clase de solicitudes.

Fué miembro de la Sociedad de San Vicente de Paúl de Bogotá, á la cual no cesó de prestar importantes servicios aun durante su residencia en Europa. Cuando murió era Director de la sección docente, á la que había consagrado un cuidado especial, pues conocía las tendencias de la secta anticatólica á apoderarse de la niñez.

En el día de su entierro una de las cosas que más conmovieron, fué el espectáculo de unos cuantos huermanitos, hijos de San Vicente, pobremente vestidos, que acompañaban llorando su cadáver. ; Qué escolta aquella tan digna del soldado cristiano !

También era VERGARA, cuando murió, Vicepresidente de la

la Juventud Católica, sociedad de la cual había sido iniciador, fundador y entusiasta sostenedor.

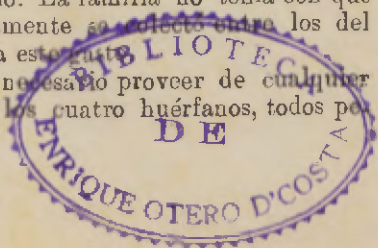
Acometido por el accidente que le ocasionó la muerte, y obligado á recogerse en la cama, la familia descubrió que no la tenía. ¿Se quiere saber por qué? Porque dos noches antes, yendo para su casa, encontró tendida en la calle una pobre y desvalida anciana, que lloraba de hambre y de frío. La alzó, la llevó á su casa, le hizo tomar una refacción y le dió sus propias mantas para abrigarse.

El día 8 de Marzo de 1872 circuló entre algunos de los amigos de VERGARA la noticia de que estaba enfermo de peligro, cosa que parecía increíble, pues la noche antes precisamente habíamos estado varios con él en casa del señor José María Quijano Otero; con todo nos apresuramos á visitarle, pero le encontramos con el espíritu tan despejado, le oímos hablar con tanto entusiasmo de lo que pensaba hacer y escribir en esos días, que nos retiramos consolados, juzgando pasajera su dolencia. El 9 por la mañana, á eso de las 8 entró un amigo, el señor Teodoro Valenzuela, lo encontró sentado en su silla, rodeado de libros y papeles, y le preguntó cómo se sentía. "Yo me voy" contestó con voz clara, y un momento después agregaba: "Estoy acabando." Corrieron á buscar un médico y á su confesor, que pocos días antes le había confesado, pero cuando vinieron le encontraron ya cadáver. Ni una queja, ni un ay! ni un suspiro, ni un gesto de temor en aquel momento supremo!

Imposible sería describir la impresión que produjo la noticia de la muerte de VERGARA, que circuló como un rayo por toda la ciudad. Lo único que podemos decir es que jamás hemos presenciado un duelo más intenso y más sincero: los amigos, en torno de su cadáver, lloraban á grito herido, cual si cada uno hubiera perdido un padre ó un hermano, y hasta sus mismos enemigos políticos de la víspera, los que más lo habían herido y lastimado, se apresuraron á ir á la casa del duelo á ofrecer sus servicios á la familia.

El entierro fué pomposo por el acompañamiento y más que todo por el tributo de lágrimas que se rindió á su memoria. Todos los escritores públicos, comerciantes, hacendados, estudiantes, artesanos y gran número de señoras acompañaron el cadáver hasta el cementerio. La familia no tenía con qué pagar el entierro, é inmediatamente se colectó entre los del cortejo la suma necesaria para este fin.

Pero no bastaba esto: era necesario proveer de cualquier manera á la alimentación de los cuatro huérfanos, todos po-



queños, que dejaba. Abrióse una suscripción nacional, y de varios puntos de lo República, aun los más remotos, acudieron donativos cuantiosos que aseguraron la subsistencia de la familia, al menos durante el primer año. En casi todos los pueblos y aldeas se celebraron además solemnes funerales por el descanso de su alma, obra espontanea del clero agradecido al que había sido en vida su leal, constante y desinteresado defensor.

“Hoy es el hombre y mañana no parece, y en quitándole de la vista pronto se va también de la memoria.” Esta sabia máxima de filosofía cristiana con que el inspirado autor de la *Imitación de Cristo* nos amonesta para desvanecer hasta la última sombra de vanidad, no ha tenido hasta hoy cumplimiento, gracias á Dios, con nuestro amigo. Ocho años han pasado ya desde su muerte, y sin embargo, cada vez que nos encontramos dos siquiera de los que formábamos el círculo de sus estrechas relaciones, á poco andar la conversación recae sobre él, y al nombrarle, todavía se humedecen nuestros ojos, y cada cual refiere algún nuevo rasgo de su vida, ó recuerda alguna de esas palabras de exquisita finura y delicadeza que tenía siempre para los que amaba. Su memoria es todavía la lámpara que alumbra las reuniones de sus amigos, tan animadas y alegres cuando él las presidía. No hemos cesado de recordarle, no hemos cesado de llorarle, aun no nos hemos resignado á perderle!

Carlos Martínez Silva.